brazo al sobrino del magistrado de Burgos, que ya te he dicho que era un pobre muchacho, y separándonos de los señores mayores, que se sentaron á la sombra de un roble carbajizo, ó de un *carbayo*, como dicen allí, nos dedicamos á seguir al grupo de preciosas aldeanas á todas partes. Entraron en la ermita á visitar á la santa, y entramos nosotros también; recorrieron los puestos de los vendedores de frutas, las tiendas ambulantes de quincalla y de juguetes, y nosotros siempre detrás á respetuosa distancia. Cuando el hermano de una de sus amigas, que era el que las acompañaba, eligió en el *restaurant* campestre mesa para comer, elegimos nosotros otra mesa próxima, nos fuimos á buscar á nuestros compañeros, y vinimos á comer cuando ellas, de manera que no sólo pude seguir mirándola durante la comida, sino que pude recrearme escuchando el timbre simpático de su voz en la conversación animada con sus amigas, apreciar su discreción y oir de cuando en cuando sus francas y alegres carcajadas.

A media tarde, cuando ya iba ofendiendo menos el sol, comenzaron las giraldillas, baile imprescindible allí en las romerías y fiestas de campo, muy bien discurrido y muy á propósito para tales ocasioces, porque se improvisa en cualquier parte sin

necesidad de orquesta. No sé si le conoces. Es un baile serio y decente, y al mismo tiempo muy animado.

Los que han de bailar forman un corro, agarrados de manos, quedándose uno dentro, y cantan un cantar popular cualquiera en determinada tonada con estribillo. Al concluir el cantar, el que está dentro del corro, si es hombre, se dirige á una mujer que le sirva de pareja, y bailan sin agarrarse mientras se canta el estribillo, al compás de éste, que suele ser el de la jota ó el del pasodoble. Concluído el estribillo, se sale del corro el que estaba antes, quedándose dentro el último que entró, y cogidos otra vez de las manos, dan vueltas hasta que empieza otro cantar y se repite la misma suerte. Cuando el corro es muy grande, para aguantar más á bailar, se quedan dentro dos personas, un hombre y una mujer, y al comenzar el estribillo, el hombre saca á bailar á una mujer, y la mujer á un hombre, que á su vez se quedan dentro para el cantar siguiente. Y aun los demás que forman el corro, si tienen mucha gana de bailar y no están cansados, se sueltan las manos al empezar el estribillo y bailan cada uno con la pareja que tienen más próxima, procurando no perder del todo la formación para volver á cogerse de las manos y á dar vueltas cuando el canto acabe.

Para evitar la monotonía, se cambia de tonada á menudo.

En cuanto vimos á Amparo y á sus amigas formando parte del corro, nos agregamos también el sobrino del magistrado y yo, protegidos por un joven de Santander que había sido condiscípulo de Juanito y conocía á algunas señoritas de las que bailaban. En aquel momento estaba la mejicana dentro del corro; comenzamos á dar vuelta, y uno rompió á cantar:

Eres de poco tiempo
Y eres hermosa; *(Dos veces.)*
Para mudar de estado
No hay mejor cosa. *(Dos veces.)*

Al concluirse el cantar, Amparo paseó graciosamente la mirada por el semicírculo que tenía delante, y fijó sus hermosos ojos en Juanito, que se puso colorado como una cereza, porque no contaba con aquella distinción, y los dos comenzaron á bailar mientras el corro siguió cantando:

A coger el trébole
Y el trébole y el trébole,
A coger el trébole
La noche de San Juan;
Y á coger el trébole
Y el trébole y el trébole,
Y á coger el trébole
Los mis amores van...

Como Juanito, al salir á bailar, estaba junto á mí, dejó por allí roto el corro: yo, en lugar de anudarle, procuré ensanchar la abertura y hacer que ésta cayera precisamente á espaldas de la mejicana para la conclusión del estribillo, de modo que al acabar de bailar y volver á formar en rueda, tuviera que ponerse á mi lado, y así lo hizo. La cogí la mano, la miré, me contestó con una mirada de conocido que era casi un saludo, y entonces me determiné á hablarla:

—Hoy los dos hemos hecho cinca en el baño,—la dije.

—Así es,—me contestó sonriéndose.

—Lo digo porque he tenido el gusto de ver á usted todos estos días en la playa...

—Sí, también yo le he visto á usted... Por cierto que es usted muy valiente... Se va usted por el mar adentro con una tranquilidad como si fuera por tierra firme...

—¡Vamos, que usted tampoco se queda en la orilla!...

—No; pero en comparación de usted...

—Le confieso á usted que yo me creía nadadora; pero ya he visto que tengo que renunciar á ese título, para quedarme de admiradora de usted.

—¡Ah! Es usted muy amable... y muy hermosa,—me atreví á añadir.

—¡Ay de mí!—dijo sonriendo con mucha

gracia: —también en lo amable me deja usted atrás... igual que en lo nadador...

Aquí llegábamos, cuando vino á interrumpirnos el diálogo el soso de Juanito, que quiso pagar inmediatamente la atención á mi bella interlocutora volviendo á sacarla á bailar, cosa que no sé si ella le agradecería, pero lo que es yo no se la agradecí nada.

Seguimos un rato cogiendo el *trébole*, y se cantó luego otra tonada, cuyo estribillo decía:

Al aire sí,
Al aire... re...
Los pajaritos en los árboles
Cantaban y decían:
Leré, leré, leré,
Morena resalada,
Yo me voy con usté...

Tras de repetir esto varias veces, salía uno con otra tonada, cantando:

La casa del señor cura
Nunca la vi como ahora:
Ventana sobre ventana
Y el corredor á la moda.

Y luego este estribillo:

Sal á bailar, buena moza;
Menéate, resalada,
Que tienes la sal del mundo
Y no te meneas nada,
Que la sal del mundo tienes
Y menearte no quieres,

repitiendo estos dos últimos versos hasta media docena de veces cuando se quería obligar á los que estaban en el corro á bailar mucho.

A lo mejor saltaba otro cantando en otro tono:

¿Cómo quieres pecando
Subir al cielo,
Si pecando se baja
Para el infierno...?

Y al cantar seguía inmediatamente esta nueva letra:

Arriba Manolillo
Y abajo Manolé,
De la quinta pasada
Yo te liberté.
De la que viene ahora
No sé si podré...
Arriba Manolillo
Y abajo Manolé.

Y si por casualidad se llamaba Manuel el que bailaba, se le estaban repitiendo los dos últimos versos cinco minutos, hasta concluir con universal, franca y estrepitosa risada.

También se cantaba otro estribillo que decía:

Esos claveles
Que en tu jardín los tienes sembrados
Blancos, azules y colorados...

Y otro que empezaba:

No estabas allí...
No estabas, amor...

Después este otro:

Cantando
Los pajaritos
En el verano
De la rama más alta
Que tiene el árbol,
Decían:
Abajo, abajo,
Y arriba, arriba,
Casarme quiero
Contigo, niña;
Arriba, arriba,
Y abajo, abajo,
Casarme quiero
Contigo, majo.

Y luego vuelta á coger trébole, muchísimo trébole... Con el trébole cogido aquella tarde, dada la gran fuerza alimenticia de la apreciable forrajera, hubiera habido para cebar todo el ganado del contorno...

Excuso decirte que durante la tarde volví á estar varias veces en el corro al lado de la americana; que la saqué varias veces á bailar, y ella á mí; que hablé mucho con ella, aunque sin atreverme á decirla nada de sustancia.

Antes, cuando me parecía imposible llegar á hablarla, por lo mismo que lo deseaba mucho, estaba yo firmemente resuelto á aprovechar la primera ocasión para decirla sin ambajes que estaba de ella perdidamente enamorado. Pero esto, que se dice tan bien y tan fácilmente cuando no es verdad, es muy difícil de decir cuando se siente, cuando es cierto; y para mí fué del todo imposible, porque la emoción, el respeto, el verdadero amor, me hacían un nudo en la garganta cada vez que intentaba expresarme en ese sentido. De manera que hube de contentarme con hablarla de lo animada que estaba la romería, de lo hermoso que era el sitio, y de cuando en cuando, de lo hermosa que era ella, de la gracia con que bailaba, de lo bien que estaba con todos los trajes, incluso con el caprichoso de aquel día; en fin, cuatro frivolidades y discreteos sin importancia. Pero de todos modos, volví muy satisfecho de la expedición, porque había hablado por primera vez con Amparo, éramos ya conocidos, casi amigos; podía acercarme á hablarla donde quiera que la viese, declararla mi amor cuando quisiera, y lo que es más, tenía esperanzas de ser bien recibido, porque había estado conmigo sumamente amable. Me creía yo ya el hombre más feliz del globo terráqueo.

A la mañana siguiente, cuando la mejicana fué al baño, Juanito y yo nos acercamos á saludarla; y como manifestase deseo

de esperar á que subiera algo la marea, porque no la gustaba tener que andar mucho desde la caseta á las olas, trajimos unas sillas, la invitamos á sentarse, y sentándonos nosotros también uno á cada lado, estuvimos charlando con ella un rato amigablemente.

Luego resultó que la marea estaba todavía bajando, y que, por consiguiente, había de tardar mucho en volver á subir hasta la altura que ella deseaba, con lo cual se decidió á no esperar más, y despidiéndose con un «hasta después,» se dirigió hacia las casetas. Cuando se hubo encerrado en una, me aproximé yo, tranquilizando por señas á la doncella, que estaba, como siempre, de guardia; empujé la caseta por detrás, haciéndola andar sobre sus ruedecillas, y la llevé hasta la misma orilla del agua.

—No e nada, Payito, no e nada,—la decía la dueña desde afuera riéndose, para que no la asustara aquel inesperado viaje.

Después me encerré yo en otra caseta y me preparé también para bañarme. La doncella debió decirla mientras tanto á Amparito quién había sido el autor del milagro de la locomoción, si es que ella no lo había ya adivinado, pues cuando luego me vió en el mar, desde muy lejos comenzó á darme las gracias con ligeras inclinaciones de cabeza, acompañando al movimiento una sonrisa enloquecedora.

Cuando, después de haberse bañado, salió de la caseta ya vestida para marcharse, volvimos á encontrarnos con ella Juanito y yo, que andábamos paseando por la arena, y echamos otro párrafo. Entonces nos dijo que al día siguiente ya no vendría á bañarse, porque pensaba irse á La Festosa á pasar allí unos días y ver las funciones de la Magdalena, que, según la contaban en Trascumbres, solían estar muy concurridas y animadas.

La Festosa es una villa de no mucho vecindario, pero de bastante riqueza, y de muy buen humor, naturalmente, por aquello del refrán que dice que de la panza sale la danza. Está situada cerca del extremo oriental del Principado, en una pequeña llanada cerca del mar, el cual, para arrullarla y besarla los pies, abrió tiempo atrás un portillo en la dura sierra, que defiende contra sus furores aquella costa, entre los altos de San Pedro y de la Guía, portillo por donde se asoman á la inmensa y azulada llanura, no solamente la villa, sino también las aldeas y las caserías del contorno, y por donde, en justa correspondencia á los favores recibidos del mar, le rinden el tributo cariñoso de un riachuelo insignificante. Prados siempre verdes, graciosos monteci-

llos de castaños y cajigos, espesos y lujosos manzanales caprichosamente colocados en todo el redor, forman á la villa un marco precioso.

Hay especialmente un punto desde donde La Festosa aparece hermosísima. El viajero que vaya de Oviedo á Santander por la carretera, seguramente cuando llegue á La Festosa habrá gozado ya de ricos panoramas, de vistas muy agradables; pero después de salir de esta villa y pasar por la bolera, que es sitio muy ameno, al acabar de subir una larga cuesta y encontrarse en la collada donde está la ermita del Cristo, que vuelva la vista atrás, y se encontrará con un cuadro que no se le borrará de la memoria en toda la vida.

La mitad, puede decirse, de los naturales de La Festosa se van de muchachos á Méjico, donde sus paisanos y parientes, que se han ido antes, son los dueños casi exclusivos del comercio y de la industria. Así es que se habla tanto de la modesta villa asturiana en la opulenta capital del antiguo imperio de Moctezuma; suena tanto el nombre de La Festosa en todas las conversaciones, especialmente en los círculos comerciales y bancarios, que hay allí mucha gente que cree que La Festosa es la capital de España.

De las grandes riquezas que, como digo,

tienen sus naturales en Méjico, viene sobre La Festosa un chorro constante, y así se explica el lujo, la esplendidez y el bienestar en que rebosa: así se explica también que sea el pueblo de España y del mundo en que más se divierte la gente y en que hay más días de fiesta, pues lo que es en el verano lo son casi todos. Cuentan allí que una vez llegó á La Festosa un inglés el día 14 de Agosto, que era domingo, y, naturalmente, se guardaba la fiesta. A otro día, lunes, era la Asunción de Nuestra Señora, fiesta también y muy solemne; el martes, San Roque, igualmente día de fiesta, para los cofrades por obligación emanada de la Bula constitutiva de la Hermandad, y para los no cofrades por devoción ó por afición á divertirse; el miércoles, segundo día de las fiestas de San Roque, con fuegos artificiales y otras funciones que la Cofradía dedica á su titular; el jueves continuaba la fiesta en honor de San Roque, con regatas... etc. Al ver lo cual, preguntaba el inglés muy intrigado:

—¿Pero cuándo se trabaja en este pueblo?

—Aquí no se trabaja nunca—parece que le contestaron, en lo cual no le dijeron la verdad, pero no anduvieron muy lejos. Porque la verdad es que en La Festosa se trabaja poco, sin duda porque la riqueza que viene de América hace innecesario el trabajo.

Y lo raro es que no se cumple allí el proverbio aquél que dice que la ociosidad es madre de todos los vicios, pues La Festosa no es un pueblo vicioso: es un pueblo divertido, pero culto, cristiano, de buenas costumbres, donde la criminalidad es muy escasa.

Hay en La Festosa media docena de cofradías dedicadas á diferentes misterios de Nuestra Señora y á diversos santos, cada una de las cuales pone gran esmero en dar honra y gloria de su titular, procurando que sus fiestas excedan en magnificencia, en solemnidad y en esplendidez á las otras. Las más principales, y también las más rivales, son la de la Virgen de la Guía, la de la Magdalena y la de San Roque. Cuando una de estas cofradías celebra sus fiestas, los cofrades de las otras están atentos á todo lo que hacen de nuevo, para hacer ellos en su día lo mismo y un poco más, añadiendo algún nuevo detalle de esplendor y de lujo. De esta manera las fiestas más ricas y mejores son siempre las últimas, y no se sabe dónde van á ir á parar aquellas corporaciones en su empeño de aventajarse unas á otras...

El coro de mozas de cada cofradía canta muchos cantares alrededor de la hoguera y al ofrecer el ramo de pan, en elogio de los campeones de su bando, que así llaman á los cofrades principales que han preparado

y dirigen las fiestas, diciendo que nadie las hace tan bien como ellos, que son más poderosos que los demás, y así por este estilo. Estos elogios, que parecen llevar consigo cierto menosprecio para los campeones de los otros bandos ó cofradías, suelen producir algún disgusto, pero nunca muy duradero. Pasados la excitación y el alboroto de las fiestas, todos vuelven á ser amigos.

Tal es el pueblo á donde se iba al día siguiente la bella mejicana, y á donde me iba yo tras de ella; porque en cuanto me comunicó la noticia de su viaje, comencé á persuadir y logré fácilmente convencer á mi madre de que debíamos irnos aquellos días á La Festosa para variar un poco de vida y para que, al volver de las fiestas, nos fuera todavía más agradable la tranquilidad de aquella playa...